

Intentamos por la derecha pero no se puede pasar en libre. Una travesía a la izquierda nos conduce a unas fisuras que nos marcan el camino.

Ahora el terreno es de roca, un granito rugoso y magnífico. Unos largos muy bellos y de dificultad mantenida nos conducen de nuevo a un terreno mixto que nos hace intuir el final. Empieza a nublarse y estamos contentos de estar ya aquí arriba. Unas aristas empinadas de nieve muy inestables sobre hielo nos conducen, ya nevando, hasta la arista de la Niebla. Un fuerte viento del noroeste, del que estábamos antes protegidos, nos obliga a ponernos las chaquetas de plumas y los cagoules. Poco a poco recorreremos la arista hasta el Mont Blanc de Courmayeur y, luchando contra el viento, alcanzamos la cumbre del Mont Blanc.

Nos quedamos como tontos mirando alucinados los colores de las nubes, allá por el oeste, donde el sol ya está bajando a dormir. Violetas, rojos furiosos, azules grises amarillos; no sé, nos olvidamos del frío, del viento, de la tormenta, nos olvidamos de nosotros mismos, tan grandioso es el espectáculo... tan dentro se nos mete.

Nuevamente en la realidad descendemos rápidamente la arista de los Bosses. Refugio Vallot, fuera rugen la tormenta; un té, Juan se queda dormido sin tomarlo. Yo pienso sobre algunas cosas de la vida, sobre el tiempo, ¿cuánto tiempo sobre el Freney?, ¿20 horas?, ¿veinte mil? y poco a poco entro en el mundo de los sueños no muy diferentes del que acabamos de dejar.

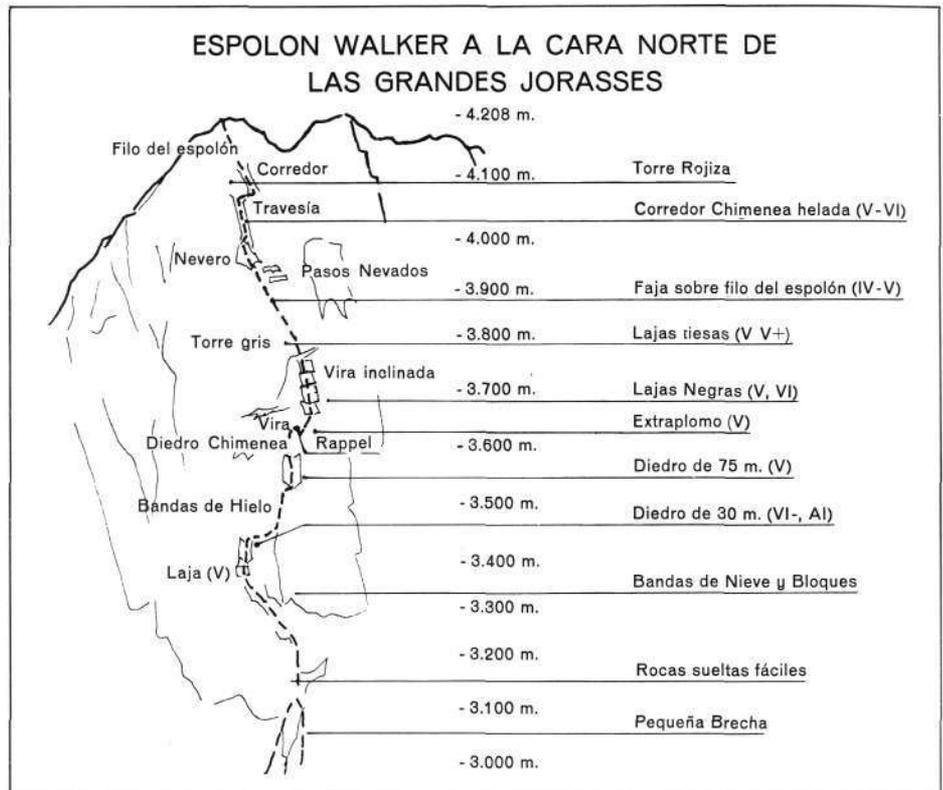
Ascensión realizada por Juan Lorente y José Luis Zuloaga, un día a principios de Agosto de 1979.

JUAN QUEDO A VIVIR CON LAS CHOVAS

No queda nada, y queda todo.
 Seguimos respirando, tosiendo, comiendo y eructando y todo terminó y de nuevo comienza. Todos nos levantamos.
 Caminamos al principio vacilantes,
 Nos falta una pierna, somos cojos.
 Se vengó.
 Ganó.
 Nos pilló,
 y su belleza se convirtió en sótano.
 Nos llevó un pedazo de alma.
 Juan, tú estás allí.
 Nosotros nos emborrachamos
 y todo está en su sitio,
 seguimos respirando, tosiendo,
 comiendo y eructando, y nos falta
 tu sonrisa, se congeló
 en el monte de arriba y duerme
 con las chovas.

II. CARA NORTE DE LAS GRANDES JORASSES. ESPOLON WALKER

Jesús Moreno



Una duda en mi ser. La gran lucha se desencadena en mi mente.

Otra pregunta: ¿por qué?

Esta pared fría y oscura me llama, me arrastra hacia sus entrañas. Algo desconocido en mi espíritu, un enigma...

¡Una gran pared! Un silencio en el tiempo.

De súbito me despierto, miro a mi alrededor. Todo está mudo y tranquilo. El canto de un ave nocturna es lo único que perturba esta paz. Me vuelvo a dormir...

Abro los ojos, el sol baña todos los rincones, hace rato que amaneció. El campo está verde, los haces luminosos chocan contra las gotas de rocío rompiéndose en mil colores. En el aire se respira un maravilloso olor a pino.

Los demás se han levantado. Todavía medio desnudo voy al arroyo de aguas turbulentas que desciende del glaciar.

Mis amigos y yo tenemos grandes proyectos para estas vacaciones. Algunos ya los hemos realizado... ¿Y la Walker? Hablamos de ello. La pared no está muy limpia, pero a pesar de todo, lo intentaremos.

El cielo parece «recién pintado»; su azul intenso es indescriptible. Caminamos ha-

cia el trenecillo seis amigos, unidos por las mismas ambiciones, por los mismos sueños.

La gran lucha se desencadena en mi mente, y en la de los demás.

¿Por qué?

Mikel decide no subir, se queda en el camping. No ha encontrado solución a esta pregunta, nadie dice nada. Todos comprendemos y le admiramos por su decisión. Pronto escuchará la llamada.

El tren sube lentamente las laderas boscosas hacia el glaciar. En él tenemos ocasión de conocer a unos jóvenes donostiarros. Están muy contentos de contemplar este mundo irreal; es su primera visita a los Alpes.

—¡Uuuuu! —gritan Gerardo y Patxi a coro—. ¡Qué alucinación, las Jorasses!

Nos apeamos del trenecillo, dejamos atrás el polvoriento camino para sumergirnos en este río de cristal y burbujas. Al fondo siempre las Jorasses, cautivadora pared de blancas garras y negras intenciones.

Abandonamos la Mer de Glace para entrar en el glaciar de Leschaux. Ya veo el refugio, está situado en una escarpada pendiente fuera del glaciar. Es pequeño

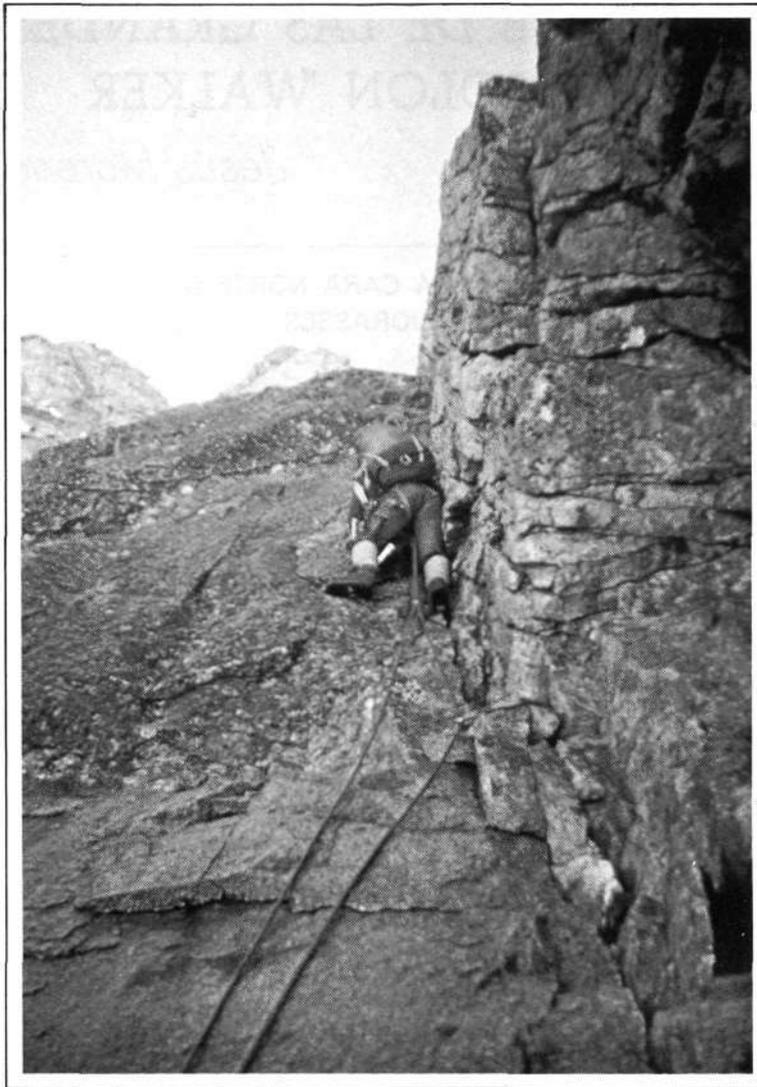


Foto: Jesús Moreno

En el Gran Diedro de la vía Cassin a la Walker.

pero confortable, sobre todo si miras las grandes paredes a través de la ventanas. Mañana comenzaremos, la «meteo» anuncia bueno. Cenamos en compañía de unos madrileños que vendrán también a la Walker. En las literas no hay sitio; duermo en el suelo, al lado de Gerardo. Los demás han tenido más suerte.

Increíbles sueños pasan por mi cabeza.

—Venga, Jesús, arriba. Son las tres.

Es hora de levantarse. Cinco lucécitas se ponen en marcha saltando grietas y bordeando seracs. Nadie habla nada. Todos caminamos pensativos. Hay luna llena, el perfil de nuestra montaña se dibuja sobre el glaciar. Descanso. Las miradas se escapan al infinito. Allí están, 1.200 metros de roca cubiertos de hielo y nieve.

Llegamos a la rimaya. Las estrellas van perdiendo su brillo poco a poco hasta desaparecer. Los madrileños han comenzado a escalar. Gerardo cruza la rimaya, grampones en la fuerte pendiente de nie-

ve, mientras tanto plenso en la declisión de Mikel, estará durmiendo allí abajo tranquilamente. Me pregunto de nuevo: ¿Por qué? ¿Tendrá algún sentido esto que hago?

Gerardo, desde arriba nos indica que ha llegado. Subo con Iñaki, detrás vienen Caserito y Patxi. En dos largos fáciles llegamos al primer murallón. Avanzamos hacia él por un empinado nevero. Estamos en un mundo de sombras. Ahora bordeamos la pared a la izquierda en busca de un diedro. Los madrileños están subidos por unos sitios muy raros, se han perdido. Gerardo continúa por un terreno delicado, sin descanso quita el verglas que cubre la roca en busca de presas. ¡Al fin! Reunión. Los cuatro que estamos abajo, subimos. ¡Qué agradable es tener un compañero cerca con el que poder hablar!

Durante varios largos he de seguir de primero. Al fondo, en el valle, las nubes intentan subir. Por arriba el cielo está azul, ni una nube. Hará bueno.

Estoy en el diedro que, por suerte, está pitonado. Lo remonto despacio, la mochila pesa. Un desplome, ya está. He llegado a una amplia repisa. Llamo a mis compañeros. Los madrileños vienen detrás. Me pongo los grampones y saco el piolet que tengo siempre a mano. Comienzo la gran travesía, el hielo no es muy bueno, vacilo, salgo a la roca. Allí veo un pitón, me dirijo a él con los grampones puestos, también hay un tornillo de hielo clavado en la roca.

Reunión. De vez en cuando Patxi y Caserito asoman sus cabezas esperando su turno. Ahora vamos torciendo poco a poco hacia la derecha para salvar lo mejor posible el siguiente murallón. A nuestra par se hunde en el abismo el Whymper, cubierto de nieve que resplandece en esta tétrica soledad, soledad rota por el caer de algún bloque suelto.

—¡Aupa! Tienes un diedro de 75 metros todo para ti.

Miramos hacia arriba. ¡Qué aspecto más hostil! Sólo con ver algunos pitones te puedes echar a llorar. Los madrileños abandonan: no llevan material de vivac, además consideran imposible salir en el día. Nos despedimos. El avance es lento y peligroso. Llegamos a una chimenea totalmente helada. El primero de cordada anda indeciso, tanea un clavo, murmura, se agarra a él y continúa. Los pequeños neveros apenas tienen un palmo de espesor, no aguantan nuestro peso. Increíbles pasos. A la derecha hay una cuerda fija, es el rappel pendular. Una minúscula plataforma nos aguarda. Hace frío.

Al fondo se pueden contemplar las recortadas Periyades y la Aiguille du Midi envuelta en nubes. A nuestra derecha, el Dru. ¡Qué cosas!

El otro día admirábamos las Jorasses desde el Dru y ahora es el Dru desde las Jorasses. ¡Qué bella pirámide!

Estamos cansados. Proseguimos por un muro desplomado lleno de churros de hielo. Resulta incómodo andar con los grampones colgando de un estribo. Se oyen gritos, es Iñaki que ha llegado al vivac. ¡Qué miseria! Una birra de plataforma en la que justo cabemos los cinco sentados. Se han visto peores emplazamientos de vivac. Quitamos la gruesa capa de hielo que cubre la roca. Dentro del saco estamos tranquilos, en familia. Mientras uno come, el otro cuenta un chiste o deja escapar una ironía.

El cielo está rojizo y las nubes parecen brasas. Abajo el glaciar de Leschaux brilla manifestando su grandiosidad, perturbada tan sólo por cuatro puntitos que se acer-

can al gigante. Caen las primeras estrellas fugaces.

Se hace el vacío en nuestras vidas, vacío que se llena de color con las primeras luces del nuevo día.

No me hace gracia tener que levantarme. Hace un frío asqueroso y, además, tengo el culo mojado. ¡Qué risa! Casi no desayunamos. Como ayer, debe seguir Gerardo de primero. Pasamos un nevero fácil. La escalada se hace más difícil, se hielan las manos, no podemos agarrarnos. La pendiente se suaviza para volver a enderezarse bruscamente, son las placas grises. Las escalamos en un largo, posiblemente el más bonito de la vía. Nuevamente surgen los ánimos en nuestras miradas algo cansadas, en parte debido al sol, que nos calienta suavemente.

Encima se yergue la arista, sobre ella el farallón terminal con las chimeneas rojas y las canales de salida, pero son 600 metros los que aún hemos de superar.

Sigo de primero, la escalada es rápida, sobre una roca magnífica, no siendo la dificultad nunca un problema. Son cinco largos estupendos. Llegamos al ventisquero que da paso al resalte final. En dos largos dejamos atrás las chimeneas rojas.

L'Aiguille Verte y el Mont Blanc permanecen a nuestra altura. El Diente del Gigante está oculto tras el Croz, las demás cumbres se van hundiendo. Vemos próximas las cornisas somitales del Whympfer. No paramos de mirar el reloj.

Comienza a hacer frío, incrementado por las ráfagas de aire que de vez en cuando hacen que perdamos el equilibrio.

Con una corta travesía entramos en las canales finales. Ahora vamos a la par, sin hacer reuniones, totalmente en tensión por lo peligroso que esto resulta.

Sonrisas. Es la cumbre. Sin embargo no hay gritos de alegría; estamos cansados. Por un momento somos los cinco hombres más felices del universo. Estamos a 4.200 metros de altura; es una cumbre modesta si la comparamos con las andinas o las asiáticas, pero es nuestra cumbre.

Ya no eres un sueño.

En la oscuridad de la noche cinco lucecitas descienden hacia la vida.

Comienza a nevar.

Componentes del grupo:

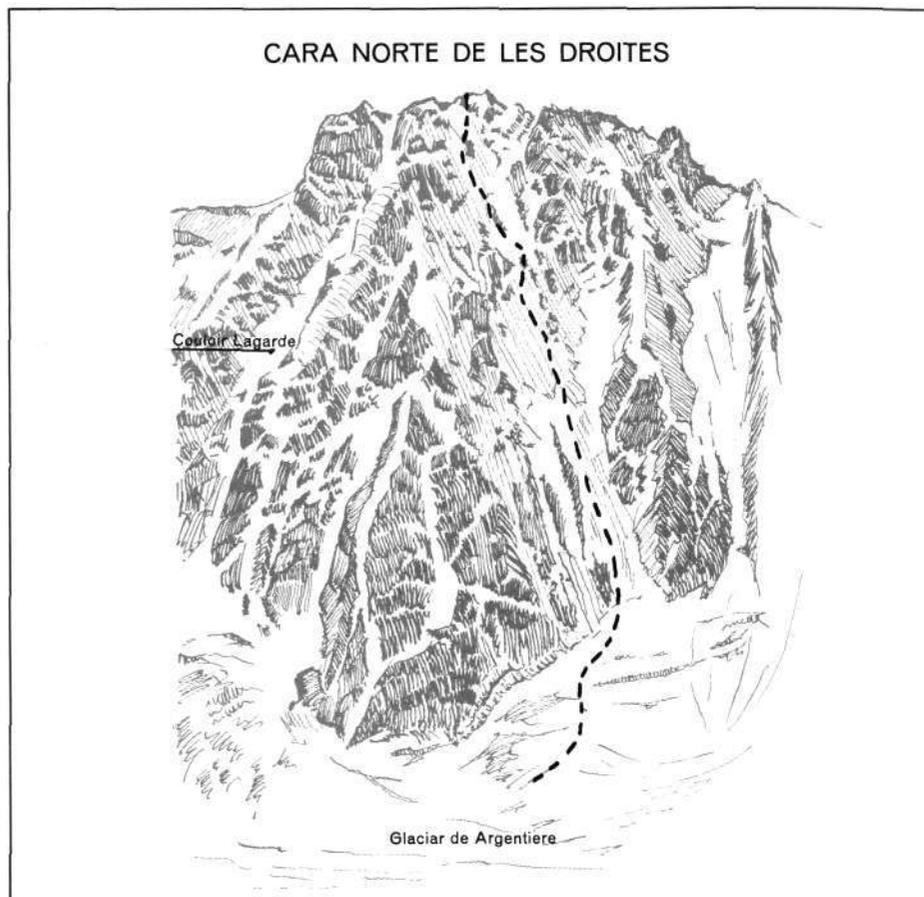
- Gerardo Plaza
- Iñaki Aldaya
- Jesús Moreno
- Javier Muru (Caserito)
- Patxi Senosiain.

De Irulnea.

Escalada realizada los días 9 y 10 de agosto de 1980.

III. CARA NORTE DE LES DROITES

Javier Alonso



Esperando la noche, esperando que el sol y la luz desaparezcan entre las nubes del horizonte. La noche ha llegado a caballo del viento. No hay luna, pero sí un gran número de estrellas. El tiempo es bueno, la noche excelente y nosotros, con todas las ilusiones acumuladas durante numerosos días de lluvia, sin perder un solo minuto nos lanzamos al abrazo de las sombras.

Vamos bajando la cuesta: cantamos, hablamos y reímos.

Vamos subiendo la cuesta: respiramos, sudamos. Estamos callados bajo la rimaya.

Preparar el material, organizar las mochilas, atarse en silencio por miedo a despertar al duende que protege este lugar.

Hemos superado la rimaya, valla que separa la vertical de la horizontal. Dimos este primer paso con un miedo de niñez. Después, perdida ya la incertidumbre, vamos tomando altura por este tobogán blan-

co, duro y frío.

Toda la pendiente del Escudo se trepa de forma rutinaria. De reunión a reunión, en esta monotonía desnuda de formas, nada que cambie, únicamente la distancia que nos separa del suelo.

Son las tantas de la madrugada cuando recibimos visita. Un inglés. Solo. Sube a oscuras y habla poco. Diríase que es un furtivo. Pronto nos deja atrás.

Amanece. Unos metros por encima de donde nos encontramos da el único rayo de sol que animará las frías sombras que contradicen este color blanco que todo lo cubre.

Totalmente de día estamos bajo el paso de «la Cintura». Un intento frustrado por la izquierda. Atravesar, bajar, mirar. Por fin un sitio más o menos factible. Sobre nuestras cabezas luce un arco Iris. Sólo algunos bloques emergen de entre el hielo. Pocos para nuestro gusto y seguridad. Ya hemos subido un buen tramo. Ahora se suaviza la pendiente. Miramos buscando